

Texto Narrativo

"Amanecer en la Orilla"



En un pequeño pueblo rodeado de montañas, vivía una joven llamada Lucía. Cada mañana, mientras el sol apenas despuntaba, ella se dirigía al río cercano. El agua cristalina reflejaba los primeros rayos del sol, creando un espectáculo de luces y sombras. Lucía se sentaba en la orilla, con los pies descalzos en el agua fría, mientras observaba cómo las aves comenzaban su canto matutino. El aire fresco llenaba sus pulmones y, por un momento, el tiempo parecía detenerse. Era su momento de paz, un escape del bullicio del día a día. La naturaleza le hablaba en susurros, y en esos instantes, Lucía sentía que formaba parte de algo mucho más grande.

Texto Literario

“Los Tres Cerditos”



Había una vez tres cerditos que vivían con su madre en un pequeño bosque. Un día, la madre cerda les dijo que ya eran lo suficientemente grandes para vivir por su cuenta, así que les pidió que construyeran sus propias casas. Los tres cerditos se despidieron de su madre y partieron a buscar un lugar donde construir sus hogares.

El primer cerdito, que era el más perezoso, decidió construir su casa de paja. Pensó que sería fácil y rápido, y así podría descansar más pronto. Construyó su casa en un solo día y se fue a descansar, muy satisfecho con su trabajo.

El segundo cerdito, que era un poco más trabajador, decidió construir su casa con madera. Le llevó un poco más de tiempo que a su hermano, pero estaba contento porque su casa era más fuerte que la de paja.

El tercer cerdito, que era el más serio y responsable de los tres, decidió construir su casa con ladrillos. Sabía que sería un trabajo duro y que le tomaría varios días, pero también sabía que su casa sería resistente y segura.

Un día, el lobo feroz que vivía en el bosque llegó al lugar donde estaban las casas de los cerditos. Primero se acercó a la casa de paja y tocó a la puerta.

—¡Cerdito, cerdito, déjame entrar! —gritó el lobo.

—¡No, no, no, que no te dejaré entrar! —respondió el cerdito—. ¡Ni por todo el oro del mundo!

—¡Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré! —amenazó el lobo.

El lobo sopló con todas sus fuerzas y, como la casa era de paja, se derrumbó al instante. El primer cerdito corrió lo más rápido que pudo hacia la casa de su hermano, el segundo cerdito.

El lobo no se dio por vencido y se dirigió a la casa de madera.

—¡Cerdito, cerdito, déjame entrar! —gritó el lobo.

—¡No, no, no, que no te dejaré entrar! —respondió el segundo cerdito—. ¡Ni por todo el oro del mundo!

—¡Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré! —dijo el lobo.

El lobo sopló y sopló, y la casa de madera, aunque era más fuerte que la de paja, también se vino abajo. Los dos cerditos corrieron a toda prisa hacia la casa de su hermano, el tercer cerdito.

Finalmente, el lobo llegó a la casa de ladrillos.

—¡Cerdito, cerdito, déjame entrar! —gritó el lobo.

—¡No, no, no, que no te dejaré entrar! —respondió el tercer cerdito—. ¡Ni por todo el oro del mundo!

—¡Entonces soplaré y soplaré, y tu casa derribaré! —dijo el lobo.

El lobo sopló con todas sus fuerzas, pero la casa de ladrillos no se movió ni un centímetro. El lobo, muy enfadado, decidió entrar por la chimenea para atrapar a los cerditos. Pero el tercer cerdito, que era muy listo, había preparado una gran olla de agua hirviendo en la chimenea.

Cuando el lobo trató de bajar, cayó directamente en la olla de agua hirviendo y, con un gran aullido, salió disparado por la chimenea, huyendo al bosque y jurando nunca volver a molestar a los tres cerditos.

Los tres cerditos vivieron felices y seguros en la casa de ladrillos, y nunca más volvieron a ver al lobo feroz.

Fin.